



La vida monástica de cara al tercer milenio

Frente al nuevo milenio que se avecina toda la Iglesia se ve urgida por el mismo papa Juan Pablo II a una reflexión y una conversión profundas. Lejos de tratarse de una moda entre otras, pasajeras y superficiales, se nos pide a todos asumir los retos y cuestionamientos radicales que el cambio de época plantea a los cristianos en todas las formas de vida.

Como monjes y monjas, podríamos ceder a la ilusión de creer que nuestra forma de vida escapa a las variaciones de los tiempos por tratarse de una vocación universal y poco sometida a los contextos históricos particulares. Basta contemplar la crisis de muchas de nuestras comunidades y de muchas de nuestras formas de vida, especialmente de cara a la juventud moderna, para saber que, ni más ni menos que la Iglesia en su conjunto y la vida religiosa en sus variadas formas, el monacato occidental está confrontado a la crisis y a los desafíos de estos tiempos.

Proponemos aquí una reflexión en cinco etapas. En primer lugar intentaremos esbozar rápidamente lo que entendemos por modernidad, postmodernidad, globalización y cambio de época, en sus diversas dimensiones: económica, sociopolítica y cultural en el sentido amplio de la palabra, incluido lo afectivo y psicológico.

Las etapas siguientes de nuestro trabajo abordarán, como en un segundo momento, los problemas específicos que esta realidad, anteriormente estudiada, plantea a la experiencia monástica en sí. Lo haremos en

¹ El P. Simón Pedro Arnold es monje benedictino y prior de la fundación de Wavreumont (Bélgica) en el Perú, monasterio recientemente inaugurado. Ha publicado diversos libros y artículos. La presente conferencia la pronunció en el VIII^o Encuentro Monástico Latinoamericano (México, 24.06-01.07.1998).

dos capítulos. En primer lugar trataremos de cernir el sentido teológico del momento pascual que nos toca vivir hoy para concluir con una serie de propuestas modestas a la vida monástica.

I. Para ubicarnos

Antes de entrar a debate, conviene aclarar aquí, a modo de introducción, algunos conceptos básicos que manejaremos en adelante.

1.1 La modernidad

En estas páginas utilizaremos este término en la perspectiva de una cultura caracterizada por cuatro aspectos fundamentales:

1.1.1. Dimensión política: Se trata de la forma de sociedad surgida de las luchas sociales del siglo XIX, y del XX, caracterizada por la democracia parlamentaria y la defensa social del ciudadano...

1.1.2 Dimensión técnico-científica: esta cultura moderna inaugura una cosmovisión donde el criterio fundamental de comprensión y manejo de la realidad es científico y descarta, por tanto, la interpretación mítica de las culturas tradicionales pre-científicas. Además, se trata de una cultura donde la tecnología, como traducción pragmática de la ciencia, viene a ocupar un lugar central en la vida de la humanidad. En este contexto, la economía como ciencia interpretativa y motor de la dinámica tecno-científica ocupa un lugar cada vez más monopolístico en las actividades de dicha cultura.

1.1.3 Dimensión ideológico-religiosa: consecuentemente, desde el punto de vista ideológico, la modernidad es una cultura esencialmente agnóstica que ya no necesita de los sistemas religiosos para interpretar la realidad y relega lo religioso a la esfera exclusivamente privada. A pesar de que podemos constatar una intensa actividad religiosa en dicha sociedad, la modernidad se caracteriza por ser una cultura atea.

1.1.4 Dimensión sicológica: finalmente, la sociedad moderna es el auge del individualismo, es decir, el reino del Yo y de la persona como criterio primordial de juicio, decisión y acción.

A partir de los criterios rápidamente esbozados más arriba optamos por una definición algo pesimista de este concepto aun movedizo de postmodernidad. En efecto, lejos de comprender este momento histórico de la cultura como la plenitud del proyecto moderno, lo vemos más bien como su crisis y su «cáncer». Concretamente asistimos al crecimiento enfermizo de un aspecto de la modernidad que rápidamente invade y destruye sus demás dimensiones. Quiero hablar de la dimensión tecnocientífica, especialmente bajo dos modalidades principales: la tecnología de comunicación y la lógica de economía de mercado. Este crecimiento unilateral reduce prácticamente la democracia política a un juego folclórico en la medida en que la negociación social se limita a conveniencias económicas en las que el trabajo humano se ve drásticamente reducido y especializado.

Del mismo modo, en la medida en que las grandes mayorías se ven excluidas tanto del mercado de trabajo como del consumo y confrontadas a la lucha por la supervivencia, el privilegio de la persona como ente de juicio, decisión y acción se ve también gravemente afectado.

Consecuencia de esta situación: asistimos al resurgimiento de planteamientos ideológico-religiosos irracionales pre-modernos de tipo anárquico y agresivo. El agnosticismo como conquista de la modernidad se ve así gravemente amenazado.

1.3. La globalización

En esta situación de crisis como acabamos de caracterizar la postmodernidad, la globalización es precisamente el proceso particularmente rápido de unificación del universo despolitizado bajo el monopolio de los dos criterios mencionados: la economía de mercado y la cultura de las comunicaciones.

1.4. El neoliberalismo

En lo que tratamos de describir aquí, el neoliberalismo viene a ser el sistema ideológico que tiende a sustentar el sistema global y que afirma que la base absoluta del progreso tanto económico como social y finalmente toda verdadera justicia a largo plazo es la más amplia libertad de

empresa, dejando libre curso a la pugna de las fuerzas en juego en la sociedad, sin ninguna restricción proteccionista. Tal es, en resumidas cuentas y casi de manera caricaturizada, la sociedad ideal descrita por ideólogos como Fukuyama y Gleick².

1.5. El cambio de época

Pero no se trata aquí de cultivar nostalgias moralizadoras ya que una serie de elementos de esta nueva sociedad ya están en curso y que el retroceso, salvo improbable cataclismo, es totalmente imposible. En efecto, en la medida en que algo es técnicamente realizable, es inútil creer que no se realizará por motivos ligados a criterios éticos inoperantes en dicho contexto. En efecto, ya no estamos en una época de cambios, como se suele decir desde más de un siglo, sino que asistimos a un real cambio de época, una especie de tiempo apocalíptico, para reanudar con la simbólica bíblica. Y en este vuelco radical es la noción misma de humanidad y su razón de ser la que se ve cuestionada. En otras palabras, asistimos a una cruel ausencia de referencias éticas y a la total inadecuación de los discursos anteriores sobre valores, que se tratan en el discurso religioso o filosófico³.

Paradoja de este cambio de época: las instituciones tutelares de los valores como las iglesias y más ampliamente las religiones⁴, se ven a la vez cruelmente desacreditadas y urgentemente interpeladas. Es al interior de esta paradoja que propondremos nuestra reflexión sobre el reto lanzado por el cambio de época a la Iglesia y más especialmente a la vida monástica.

II. Siglo XXI y religión

Es famosa la afirmación del autor André Malraux según la cual «el siglo XXI será religioso o no será». Más bien los signos anunciadores del nuevo milenio nos parecen bastante contrarios a esta hipótesis, por lo

² Cfr. FUKUYAMA: *El fin de la historia y el último hombre* y J. GLEICK: *La teoría del caos*.

³ Cfr. S. P. ARNOLD: *Nínive*, Lima, CEP, 1998, especialmente nuestra tercera parte.

⁴ Cfr. S. P. ARNOLD: *Conversaciones bajo la higuera*, Lima, CEP, 1997, especialmente el primer capítulo.

menos en los países tecnológicamente más avanzados. Si bien es cierto que existe una intensa y a veces angustiada búsqueda espiritual que trata de responder a los desafíos de la época, la religión se transforma cada vez más en una especie de supermercado «a la carte». A lo mejor el ciudadano postmoderno se hace su propio menú religioso con recursos prestados de diversas tradiciones religiosas. Lo que se pide a las religiones no es más que brindar instrumentos más o menos adecuados, más o menos desechables de signos para acompañar la búsqueda antes señalada.

Cabe preguntarse más bien si las religiones históricas han sabido negociar la peligrosa curva del siglo XXI. En el caso del catolicismo, el Concilio Vaticano II, a nivel universal de la modernidad occidental, como Medellín y la opción por los pobres en nuestro continente, fueron intentos valiosos de responder a tal desafío con tiempo y de tomar la medida de las transformaciones y conversiones radicales exigidas. Pero desde unos diez o quince años parecemos habernos empantanado en preocupaciones formales normativas e ideológicas internas y hemos perdido un poco de vista la invitación de Juan XXIII a salir a la calle para tomar el pulso de la historia. Más que la escucha del mundo y de lo que el Espíritu pronuncia en él, la sospecha y el miedo dirigidos hacia los propios miembros del cuerpo eclesial dominan nuestras preocupaciones institucionales.

Consecuencia: repetimos discursos desubicados y, en algunos casos, hemos perdido el dial de este nuestro mundo. Además, en tal contexto eclesial puede a veces parecer peligroso pensar y nos contentamos inconscientemente con adecuarnos y dogmatizar pensamientos paralizados y paralizadores. ¿Es tiempo todavía de retomar institucionalmente el tren de la historia y bajo qué condiciones? Nuestra situación en tal sentido no es mejor que la de las demás religiones. De repente el Islam, el Judaísmo parecen en este momento gozar de mayor audiencia en sus grupos respectivos. Pero no nos parece ser casos de respuesta al cambio de época sino más bien a expresiones necesariamente pasajeras y reaccionarias ante la crisis antes mencionada de la modernidad postmoderna.

III. Mundo global y espiritualidad

Como ya lo hemos señalado más arriba, la globalización se caracteriza por un acceso cada vez más directo a los medios y fuentes de información. Es el tiempo de la comunicación inmediata. Este aspecto de la nueva cultura es demasiado fundamental para no influenciar directamente el tipo de espiritualidad que está brotando hoy. La pregunta que cabe

hacer entonces concierne al lugar del *misterio* en esta búsqueda. Uno de los fundamentos de toda aventura mística es precisamente el «no acceso» al misterio de Dios sino por vías simbólicas y silenciosas.

Además de la cuestión del misterio, hay otra pregunta más prosaica que conviene hacer aquí: ¿Cuál es el futuro de la *función clerical* esencialmente ligada a la relación entre el creyente individual o colectivo, y el misterio inaccesible? La crisis de los sistemas religiosos institucionales más allá de la religiosidad, es ante todo una crisis frontal y probablemente mortal del clericalismo.

Frente a esta nueva ubicación del buscador en cuanto al misterio y a la clericalidad de los sistemas religiosos tradicionales, el hombre y la mujer modernos se mueven más bien en la tensión entre *virtual* y *real*. Lo virtual es lo que se puede concebir aún sin experimentarlo. El desafío de la aventura espiritual postmoderna consiste en poder pasar de lo virtual a lo real utilizando para tal efecto todos los instrumentos disponibles aún las propuestas de los grandes sistemas religiosos sin tener que adherirse sin embargo al conjunto de la doctrina, concepto bastante alejado de esta nueva búsqueda.

En este trabajo de pasar de lo virtual a lo real o de lo posible a lo efectivo, es la noción misma de *sagrado* como realidad otra e intrínsecamente separada que se ve una vez más puesta en tela de juicio. En la nueva espiritualidad, lo sagrado ya no se considera como una instancia externa sino más bien como el terreno interior profundo donde el individuo y la realidad se mueven.

A través de todas estas características es la cuestión del *sentido*, como itinerario y búsqueda permanentes a través de una realidad movедiza y eternamente inacabada, la que toma la delantera de la experiencia mística, relegando la cuestión de la verdad, es decir, la doctrina, el dogma y sus consecuentes catequesis, en el rubro de los temas sin relevancia alguna.

Se comprende mejor ahora quizá lo que llamamos más arriba la crisis del discurso ético. La palabra ética se refiere a un mundo estable y a criterios de verdad. Urge pensar una ética del caminar permanente y del sentido. En efecto, para nosotros el drama y por lo tanto la urgencia primordial de este cambio de época es de orden ético. ¿Qué sería una mística sin ética, sino una aventura sin articulación de la realidad histórica, dejando a ésta al libre desarrollo de las lógicas ciegas de la ciencia del mercado?

Ante este panorama, es necesario constatar el abismo existente entre la sofisticación de los lenguajes y la competencia que exigen estos por

una parte, y el primitivismo, la ignorancia y hasta la ausencia de una verdadera búsqueda filosófica y ética a la medida de las exigencias del momento. El ciudadano postmoderno se ve ultraequipado con todo lo que toca a la ciencia y a la técnica y en una situación que llamaríamos prehistórica en cuanto a su bagaje filosófico-ético.

Antes de terminar esta pequeña evocación de la espiritualidad en germen, quisiera todavía plantear una última cuestión a propósito del modelo único de sociedad, de valores y de utopías que propone la postmodernidad a todos los pueblos del mundo y la diversidad infinita de las culturas que lo acogen. Esta acogida diversificada de un modelo único dará, sin duda, un abanico imprevisible de formas espirituales que no podemos aún vislumbrar en el momento actual.

IV. Situación pascual de la vida monástica

Todo lo anterior nos pone frente a una situación de crisis que toca el conjunto de la vida eclesial, religiosa y más específicamente monástica. En lenguaje bíblico crisis es a la vez *oportunidad* o, para retomar la terminología del Nuevo Testamento, *Kairós*, y momento de incertidumbre y angustia. Estamos en un tiempo pascual entre muerte y vida. Hay formas de la vida religiosa, eclesial y monástico que están moribundas. Poniéndonos sólo desde el punto de vista de las cifras en su fría objetividad, el envejecimiento de los miembros y la cruel escasez de nuevos nos obligan a prever la muerte de muchas de nuestras comunidades de aquí a diez o veinte años.

Pero más allá de este punto de vista bastante superficial, se trata de reconocer el llamado a acoger el Hombre Nuevo de Pablo y a despojarnos del Viejo con su cortejo de muertes.

La vocación monástica en su origen mismo es de arraigo profundamente pascual. Nuestros padres tuvieron la intuición de la urgencia de un cambio radical de vida acorde a la crisis de sociedad que estaban presenciando. San Benito utiliza el término de búsqueda de Dios para significar esta empresa, esta aventura espiritual. Toda la vida monástica es un dejar para buscar y las formas propuestas en la regla tienen a la vez la exigencia y la flexibilidad necesarias para hacer posible esta aventura espiritual.

Esta intuición primitiva está en armonía profunda con lo mejor de lo que llamamos más arriba la nueva espiritualidad de *búsqueda de sentido*.

Sin embargo tenemos que reconocer que el monacato histórico, lejos

de ser una escuela del riesgo de Dios, se ha transformado con el tiempo en el modelo por excelencia de la cristiandad bajo todas sus formas.

Se trata, por lo tanto, para nosotros de volver a la fuente inspiradora de nuestro carisma monástico, sólo capaz de acompañar a nuestros contemporáneos en su peregrinación sin rumbo aparente.

Pero el miedo del hambre y de la sed del desierto suscitan peligrosas tentaciones de volver a Egipto en vez de asumir con audacia la aventura del Éxodo. Es urgente salir de la provincialidad confinada donde el pensamiento es repetición y la mística, cumplimiento, para renacer a lo nuestro.

Personalmente, al observar la vida religiosa en su conjunto (y es verdad también para nuestra vida monástica), tengo la intuición de que revivimos las tensiones del pueblo de Dios en el desierto. Acordémonos de los conflictos a veces agudos entre Moisés, el vidente, Aarón y Miriam, gente de terreno, y la masa del pueblo. Hoy existen algunos Moisés, particularmente entre los superiores mayores y responsables de la formación que vislumbran el nuevo mundo que se avecina y las exigencias de cambio y conversión que suponen aún si temen los costos. Al lado de los nuevos Moisés hay también nuevos Aarón, gente abierta y generosa pero más preocupada de acción, de servicio y finalmente de satisfacer a la masa, aunque sea con los acomodamientos del becerro de oro. Estas idolatrías propias del mundo de los religiosos tienen a veces rostros prestigiosos pero en definitiva son siempre acomodamientos materiales, intelectuales, espirituales y efectivos para evitar el cuestionamiento del Sinaí.

Finalmente está la masa pesada del pueblo que emprendió con entusiasmo la caminata pero se cansó pronto de la austeridad de la aventura y se acomodó. Asistimos hoy también a esta desmovilización de muchos ante las exigencias de reflexión y cambio de nuestro tiempo.

La frontera entre las tres categorías de este Éxodo no es estricta. Somos a veces Moisés, a veces Aarón o Miriam y otras muchas veces asumimos los temores del pueblo entrampado en el arrenal según las circunstancias, esperanzas o pruebas por las que pasamos sucesivamente.

V. Los desafíos de la postmodernidad a la vida monástica

En primer lugar, el cambio de época urge a la vida religiosa y, particularmente a los monjes, a que reanuden su vocación *de frontera*. Nuestra identidad original no está, a pesar de las apariencias, ligada al servicio del aparato institucional sino al encuentro con el otro, al diálogo con el

extraño donde estamos acostumbrados a reconocer intuitivamente la interpelación divina.

Para tal efecto es urgente *descleralizar* no sólo las formas sino las mentalidades, ya sea que se trate de la vida religiosa masculina o femenina. Es paradójico, en efecto, que la vida monástica originalmente tan desconfiada ante el clero, si nos referimos a los capítulos de la *Regla de san Benito* que hablan del tema, se haya vuelto tan clerical en su forma y su mentalidad. Este clericalismo de nuestra cultura monástica actual es un terrible freno para cumplir con nuestra vocación pascual y fronteriza.

Sí, hay que reconciliarnos del todo con nosotros mismos para reconciliarnos con el mundo y con Dios. Es así que abogo por una nueva priorización de la búsqueda, de la imaginación creativa, de la libertad de pensamiento. Es necesario liberarnos de muchas tareas de mantenimiento del aparato y del sistema religioso para dedicarnos: a la aventura mística. Pues si dudamos, como lo señalamos al comienzo, que el siglo XXI sea religioso, según la profecía de Malraux, sí compartimos la intuición de Karl Rahner según la cual el siglo XXI será místico. De esta fidelidad a la responsabilidad mística depende el futuro del Evangelio en el mundo del mañana.

Pues no es evidente que el Cristianismo como cultura histórica o cualquier otro sistema religioso global tenga futuro. No es necesario tampoco que las formas de eclesialidad que conocemos sean perennes. El propio Jesús sólo se preocupaba del futuro de la fe, es decir, de la experiencia de Dios, y dudaba con angustia de que la encuentre a su retomo. Es en definitiva lo único que tiene que preocuparnos: que la cuestión de Dios y de lo humano tal como la plantea el Evangelio continúe inquietando a la humanidad del tercer milenio y de todos los tiempos y que nuestras formas de vida, que se parezcan o no a las actuales, sirvan exclusivamente a esta experiencia fundamental.

*Monasterio de la Resurrección.
Chucuito. Perú*